

EL ESPEJO ANIMAL: *TERIANTROPÍA* Y LA CRISIS DEL SENTIDO HUMANO EN LA ERA DIGITAL

La identidad *therian* revela cómo la era digital reconfigura la subjetividad juvenil y abre una pregunta filosófica urgente sobre humanidad, dignidad y salud mental.

Foto: Shutterstock / Claudio Borquez Arias



INTRODUCCIÓN

La subjetividad de la juventud contemporánea atraviesa una profunda fractura identitaria donde la virtualización de la existencia ha disuelto las certezas sociales tradicionales. En este escenario de transición, la llamada identidad *therian* —adolescentes y jóvenes que afirman experimentar una esencia interior ligada a especies animales no humanas— emerge no como una mera excentricidad cibernética, sino como el síntoma de una crisis más profunda: la propia noción de lo humano en la era digital. Así, la teriantropía contemporánea se presenta en este ensayo como el objeto central de un examen crítico-filosófico para rastrear cómo las lógicas algorítmicas y el aislamiento hipermediado resquebrajan la autopercepción y la salud mental del sujeto actual.

Para articular este análisis, el presente texto propone un itinerario reflexivo tridimensional. En primer lugar, se examina al ser humano como agente racional y político, recuperando la facultad comunitaria frente a la desestructuración de la vida moderna. En segundo lugar, se analiza el tránsito hacia la crisis de la dignidad humana, confrontando la exigencia de la autonomía y la angustia de la libertad ante la vulnerabilidad de las identidades virtuales. Finalmente, se aborda la discusión fenomenológica contrastando los diagnósticos de la psicología con el principio de la sintiencia, demostrando que, si bien la teriantropía devela una innegable dimensión corpórea y afectiva, su amplificación digital opera también como una balsa frente a la disolución del sentido. El texto concluye reivindicando la vigencia del pensamiento crítico como la vía indispensable para rescatar el valor de nuestra condición humana.

LA PREGUNTA FILOSÓFICA POR EL SER HUMANO

Desde la antigüedad, la filosofía ha reflexionado sobre el ser humano como un ser capaz

de pensar, comprenderse a sí mismo y transformar el mundo que habita. Esta capacidad racional no debe entenderse únicamente como una facultad abstracta, sino como una fuerza que permite al hombre construir sentido, organizar sociedades, crear gobiernos, fundar ciudades y producir bienes materiales y simbólicos. La música, el arte, la danza, la técnica, el lenguaje y la cultura son expresiones de esta condición humana; nosotros no solo vivimos en el mundo, sino que lo interpretamos, lo modificamos y le otorgamos significado. Por ello, el ser humano no puede reducirse a su estructura biológica; es también un ser social, histórico, cultural y creador de propósitos.

Esta dimensión encuentra su raíz en la noción de ser humano de Aristóteles (1999), quien lo definió como un *zoon politikon* (un animal político o social por naturaleza). Para el estagirita, la diferencia radical entre el ser humano y el resto de los animales radica en el *logos*; mientras que los animales poseen voz (*phoné*) para expresar el dolor o el placer, solo el ser humano posee la palabra y la razón. Como bien señala el filósofo en su *Política*:

La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. (ca. 350 a. C. / 1999, p. 51)

La palabra nos permite, como seres humanos, discernir entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto. Este don del lenguaje y la deliberación colectiva es lo que nos constituye como comunidad y nos obliga a realizarnos plenamente dentro de la ciudad, compartiendo un destino común que trasciende el mero instinto de supervivencia biológica.

Sin embargo, la historia occidental demuestra que esta manera de delimitar

Foto: © ANDINA / Editora Perú



La teriantropía puede ser analizada como un fenómeno contemporáneo que expresa una crisis o reconfiguración de la identidad, intensificado por el algoritmo de las plataformas digitales que agrupa y amplifica estas narrativas

la humanidad encierra una profunda paradoja: la misma definición filosófica que se utiliza para reconocer la dignidad puede convertirse en un potente criterio de exclusión. Al establecer el *logos* —la racionalidad y la palabra deliberativa— como el requisito indispensable para gozar de la condición de humanidad plena, se abrió una peligrosa compuerta teórica y política. Bastaba con que un grupo hegemónico dictaminara arbitrariamente que otra cultura, etnia o sector social carecía de dicha capacidad racional o la poseía de forma defectuosa para despojarlo de sus derechos y desplazarlo hacia los márgenes de la consideración moral.

Debido a este mecanismo conceptual, la historia muestra que esta comprensión del ser humano no siempre fue inclusiva ni justa. Durante siglos, ciertas diferencias físicas, culturales o étnicas no se interpretaron como meras variantes de nuestra especie, sino como supuestas evidencias de una inferioridad intelectual o una proximidad al estado salvaje. En nombre de una supuesta superioridad racional, algunos grupos se autoproclamaron legítimos intérpretes del orden social y consideraron a otros como seres inferiores, cercanos a la animalidad o carentes de plena humanidad. La esclavitud —cuya justificación inicial partió de la misma noción de que existen hombres

incapaces de gobernarse a sí mismos—, el racismo y la exclusión social evidencian cómo el concepto de ser humano fue manipulado para justificar la dominación de unos sobre otros. Así, la pregunta filosófica por el hombre no solo tiene un valor teórico, sino también ético: definir qué es el ser humano implica reconocer su dignidad.

En la actualidad, este desafío ético adquiere una nueva dimensión que no pretende defender un antropocentrismo rígido, sino diagnosticar una deshumanización sutil mediada por la volatilidad del entorno digital. En un mundo hiperconectado, las nuevas generaciones habitan lo que Zygmunt Bauman (2004) denominó modernidad líquida, una época configurada por la pérdida de certezas institucionales y la disolución de los marcos de referencia estables que antes sostenían la vida colectiva. Dentro de esta dinámica contemporánea, la experiencia cotidiana ha sido profundamente desplazada por el consumo de simulacros visuales; como bien apunta el sociólogo polaco, en este contexto, la “vida deseada tiende a ser como la vida ‘que se ve en la TV’” (p. 91). La pantalla deja de ser un mero canal de entretenimiento para convertirse en el estándar de la existencia misma, operando bajo una lógica donde “la vida en la pantalla empequeñece y quita encanto a la vida vivida” (Bauman, 2004, p. 91).

Esta transferencia de la realidad hacia los entornos abstractos de la red tiene un impacto directo y problemático en la configuración de la identidad juvenil. Al debilitarse los lazos humanos físicos en favor de conexiones virtuales que se encienden o apagan con un simple clic, los referentes tradicionales del yo se desvanecen. En este escenario de fragilidad vincular, las identidades estables del pasado comienzan a percibirse como trampas pesadas e inflexibles; en su lugar, el mundo virtual se empodera y se erige como el único tribunal capaz de dictaminar la autenticidad de la

existencia. Es precisamente en medio de este vacío de solidez y ante la carga solitaria de tener que construir un sentido propio sin anclajes comunitarios reales, donde los jóvenes se ven empujados a buscar refugio en identidades alternativas y radicalmente maleables. Estas nuevas subjetividades, como la identidad *therian*, se van configurando desde la lógica de la pantalla como una respuesta desesperada ante la desestructuración de la vida moderna.

IDENTIDAD HUMANA, AUTOCONOCIMIENTO Y DIGNIDAD

Con el desarrollo de la ciencia moderna, especialmente a partir de la formulación de la teoría de la evolución, el ser humano comenzó a comprenderse también como parte de la naturaleza y como una especie con características morfológicas, genéticas, biológicas y culturales. Esta visión permitió superar ciertas interpretaciones rígidas sobre la humanidad, pero no agotó el problema filosófico de la identidad humana. El ser humano no es solamente un organismo evolucionado; es también un ser que piensa, siente, decide, actúa y se pregunta por el sentido de su existencia. En consecuencia, la humanidad no se define solo por la racionalidad, sino por la compleja integración entre pensamiento, sensibilidad, libertad, acción y responsabilidad.

Aquí la visión de Immanuel Kant resulta fundamental para comprender la relación entre identidad y dignidad. A diferencia de las cosas que tienen un precio y pueden ser intercambiadas, el ser humano posee un valor intrínseco absoluto. En palabras del propio autor, “la única condición bajo la cual puede algo ser fin en sí mismo no posee simplemente un valor relativo, o sea, un precio, sino un valor intrínseco: la *dignidad*” (Kant, 1785/2012, p. 148). Esta dignidad implica que el ser humano posee la capacidad de autolegislarse mediante la razón moral y, por ende, nunca debe ser tratado

meramente como un medio para los fines de otros, sino siempre como un fin en sí mismo. En consecuencia, el autoconocimiento no es un pasatiempo subjetivo, sino un deber moral orientado a asumir la responsabilidad de las propias elecciones libres.

En este punto aparece el problema de la identidad. El ser humano no solo existe, sino que necesita comprender quién es. La filosofía nace, precisamente, de esa inquietud: preguntarse por uno mismo, por el mundo y por el sentido de vivir. Descubrir la propia identidad permite reconocer el valor de la existencia personal, fortalecer la dignidad y orientar la vida hacia metas más conscientes. Saber quién soy no significa encerrarse en una definición fija, sino iniciar un proceso de autoconocimiento que me permita vivir mejor, relacionarme con otros y asumir responsablemente mi lugar en el mundo.

No obstante, el contexto contemporáneo ha transformado este proceso de autoconocimiento en una crisis existencial profunda. Siguiendo la línea del existencialismo, “el hombre es ante todo un proyecto que se vive subjetivamente, en lugar de ser un musgo, una podredumbre o una coliflor ... el hombre será ante todo lo que haya proyectado ser” (Sartre, 1946/2009, p. 32). Si consideramos el proyecto de ser desde la subjetividad, la elección de ser humano nos permite diseñar nuestra propia esencia. Hoy los jóvenes enfrentan no solo la angustia de un futuro incierto en términos sociales, sino también la presión de gestionar y “vender” su identidad en el mercado de la atención de las redes sociales. En los últimos tiempos, el mundo virtual abre una ventana de elección, las generaciones se ven proyectadas mediante la pantalla y se afirman según las dependencias mediáticas de un *like*. Cuando la responsabilidad kantiana de ejercer la autonomía y la exigencia sartriana de libertad se vuelven intolerables bajo las demandas sistémicas del éxito y la aceptación social,

la identidad entra en un estado de extrema vulnerabilidad. La vivencia humana ya no busca exclusivamente la afirmación de un mundo real construido por objetivos, aspiraciones y metas; la introspección genera la validación inmediata del entorno virtual, los límites morales se desvanecen, la identidad se transforma y el pensamiento se diluye en sentimientos subyacentes a la realidad virtual.

TERIANTROPÍA, SUBJETIVIDAD Y PENSAR

En este escenario de fragmentación digital y angustia existencial, se observa una transformación profunda en la forma de entender la identidad. Ya no se trata únicamente de saber quién soy, sino de afirmar quién siento que soy. Esta diferencia es filosóficamente importante, porque desplaza el fundamento de la identidad desde la reflexión sobre el ser hacia la vivencia subjetiva del sentirse. En algunos casos, esta búsqueda puede expresar una legítima necesidad de autoconocimiento; pero también puede revelar una inconformidad con la propia condición humana, una dificultad para aceptarse o una pérdida del sentido de ser uno mismo. Cuando la identidad se separa por completo del reconocimiento de la propia humanidad, el sujeto corre el riesgo de buscar en otro ser aquello que no logra descubrir en sí mismo.

Desde esta perspectiva, la teriantropía puede ser analizada como un fenómeno contemporáneo que expresa una crisis o reconfiguración de la identidad, intensificado por el algoritmo de las plataformas digitales que agrupa y amplifica estas narrativas. Ciertas investigaciones empíricas de la psicología social, como la planteada por Grivell et al. (2014), sugieren que este tipo de identificación no humana y el despliegue de comunidades en línea asociadas a ella pueden funcionar para el individuo como espacios de validación, soporte emocional o estrategias de afrontamiento frente a



entornos hostiles. No obstante, el abordaje clínico de la salud mental, examinado críticamente por Rivera (2026), rastrea los hilos que conectan la teriantropía con variables diagnósticas como la disociación, la neurodivergencia y la soledad estructural de las dinámicas hiperconectadas modernas. Esto demuestra que la vivencia no es un mero subproducto de la red, sino una realidad neurobiológica y perceptiva previa que encuentra en internet su caja de resonancia.

Frente a la validación clínico-fenomenológica de estas identidades, una postura ética introduce un análisis crucial respecto a los límites de la consideración moral. Singer (2020) nos recuerda que las fronteras morales tradicionales basadas puramente en la especie son arbitrarias y que el sufrimiento y la sintiencia constituyen el verdadero terreno común entre humanos y animales no humanos:

Si un ser sufre, no puede haber justificación moral alguna para negarse a tener en cuenta



Foto: © ANDINA / Editora Perú

El interés de estos jóvenes por identificarse con lo animal devela una empatía radical hacia la vulnerabilidad compartida.

LA TERIANTROPÍA CORRE EL RIESGO DE CONVERTIRSE EN UNA PROYECCIÓN PSICOLÓGICA Y LINGÜÍSTICA DE DESEOS HUMANOS INSATISFECHOS

este sufrimiento. Al margen de la naturaleza del ser, el principio de igualdad exige que —en la medida en que se puedan hacer comparaciones *grosso modo*— su sufrimiento cuente tanto como el mismo sufrimiento de cualquier otro ser. (Singer, 2020, p. 42)

Desde esta óptica, el interés de estos jóvenes por identificarse con lo animal devela una empatía radical hacia la vulnerabilidad compartida y un cuestionamiento legítimo, pero se deberán visibilizar los patrones de conducta humana, ya que sentirse identificado con los animales no excluye la naturaleza humana y mantiene el sentido racional de su consideración. El estado mental de los jóvenes que conscientemente se identifican con la conducta animal podría ser un reflejo de la aguda crisis de soledad y de la negación del yo para reconfigurarse en un no-yo. Así, esta identificación se va convirtiendo en una nueva forma de buscar aceptación en un mundo visto como caótico, difícil e incomprensible. De ahí que la vida salvaje sea vista como un refugio para la aceptación o una nueva forma de manifestar aceptación.

Sin embargo, el análisis filosófico retoma la propuesta bioética de Singer y los estudios psicológicos descritos por Grivell et al. (2014) o Rivera (2026). Si bien compartimos con los animales la capacidad de sufrir y sentir, la teriantropía mediada por plataformas digitales corre el riesgo de convertirse en una proyección psicológica y lingüística de deseos humanos insatisfechos. Es problemático aún considerar esta manifestación como una moda de espacio seguro virtual, ya que se oscurece el verdadero trasfondo del problema. El animal real no sufre crisis de identidad ni necesita de redes sociales para validar su existencia; el sujeto que adopta la identidad *therian*, en cambio, sí.

A través de una lente fenomenológica, la teriantropía puede entenderse como una

rebelión legítima del cuerpo y el afecto contra la abstracción de la vida moderna. Será un intento por retornar a una supuesta autenticidad animal e instintiva, libre de culpas, de moral y de exigencias del lenguaje. Por ello, el problema filosófico no consiste en negar ni deslegitimar la experiencia subjetiva de quienes se identifican con lo animal, sino en examinar el entorno que imposibilita al ser humano reconocerse como un proyecto viable de autoconocimiento y realización. Si renunciamos al valor de pensar críticamente dentro de nuestra propia condición, corremos el riesgo de perder el sentido progresivo de la existencia, de vivir para comprenderse, mejorar, crear, convivir y transformar responsablemente el mundo. En ese sentido, la teriantropía no debe ser ridiculizada, puesto que invita a reflexionar sobre la necesidad de recuperar el valor de la condición humana sin negar la complejidad emocional, simbólica, biológica y subjetiva de la identidad.

CONCLUSIÓN

Pensar filosóficamente la teriantropía es usarla como ocasión para volver a una pregunta fundamental: ¿qué significa ser humano hoy? La respuesta no puede limitarse a la biología ni a la pura subjetividad. Ser humano implica poseer una existencia abierta al pensamiento, al lenguaje, a la libertad, a la responsabilidad y a la búsqueda de sentido. Esto no implica una nostalgia pasiva por un humanismo idealizado predigital, sino la urgencia de proponer herramientas éticas en la contemporaneidad. El valor de pensar consiste justamente en permitirnos distinguir entre lo que sentimos, lo que somos, lo que deseamos ser y aquello que podemos construir de manera consciente. En una época marcada por identidades múltiples e hipermediadas por la tecnología, pensar sigue siendo una tarea indispensable para no disolvernó en la confusión, sino para descubrir con mayor profundidad el sentido de nuestra humanidad.

DECLARACIÓN DE USO DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Para la realización del presente trabajo se rastreó información mediante las plataformas de Connected Papers, Elicit y Litmaps. Google Gemini fue usado para la corrección de normativa y de estilo en algunos párrafos. La versión final fue revisada por la autora.

REFERENCIAS

- Aristóteles. (1999). *Política* (M. García Valdés, Trad.; 2.^a ed.). Gredos. (Obra original compuesta ca. 350 a. C.).
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida* (M. Rosenberg, Trad.; en colaboración con J. Arrambide Squirru). Fondo de Cultura Económica.
- Grivell, T., Clegg, H., & Roxburgh, E. C. (2014). An interpretative phenomenological analysis of identity in the therian community. *Identity*, 14(2), 113-135. <https://doi.org/10.1080/15283488.2014.891999>
- Kant, I. (2012). *Fundamentación para una metafísica de las costumbres* (R. R. Aramayo, Trad.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1785).
- Rivera Cano, J. I. (2026). Los therian: un análisis psicológico. *Identidad, salud mental y fenomenología de la teriantropía*. Publicación anticipada en línea. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.28849.65121>
- Sartre, J. P. (2009). *El existencialismo es un humanismo* (V. Prati de Fernández, Trad.). Edhasa. (Obra original publicada en 1946).
- Singer, P. (2020). *Liberación animal. El clásico definitivo del movimiento animalista*. Taurus.